

LA DIMENSIÓN DE LA ESPERANZA **EN**
EL ASESORAMIENTO PASTORAL¹

Hugo N. Santos

Cuenta una historia, que ya ha dado vueltas por diversos círculos y en diferentes versiones, que en un día de muy fuerte viento un paracaidista, al arrojarse del avión, fue arrastrado de tal manera que al no poder controlar la situación, su paracaídas quedó enganchado con él incluido en la rama de un árbol de una manera tal que el hombre quedó inmovilizado. Dado que se trataba de un paraje solitario, tuvo que esperar varias horas hasta que vio pasar a un señor que, montando en un caballo, andaba por el lugar. Al verlo, a los gritos, le preguntó:

—¿Podría decirme dónde estoy?

—Arriba de un árbol —le contestó el otro.

—Dígame, usted debe ser clérigo —inquirió el pobre hombre desde arriba del árbol.

¹ Si bien el tema de la esperanza no ha sido tratado exhaustivamente como otros en los textos escritos por el doctor Jorge A. León, su visión esperanzada actúa como telón de fondo de toda su obra: esperanza en la obra de Dios, en sus criaturas y en su creación, esperanza en el ser humano que puede, a partir de su maduración y crecimiento, llegar a ser más de lo que es, y esperanza en la iglesia que, a pesar de sus contradicciones y patologías, puede ser a través de su prédica y acción un espacio que alivie sufrimientos, guíe hacia nuevos y mejores horizontes, y promueva la esperanza. Los que lo conocemos, sabemos que esta perspectiva de Jorge no es meramente material de laboratorio especulativo, sino una convicción vital que ha nutrido su vida personal y ministerio pastoral.

—Sí, lo soy. ¿Cómo lo sabe? —respondió el jinete. Y se encontró con una rápida respuesta:

—Porque lo que dice es verdad, pero no sirve para nada.

La historia está cargada de ironía y, podríamos agregar, de escepticismo. Pero si recogemos el desafío que encierra, debemos reconocer que muchos sermones, asesoramientos pastorales y —para hacerlo más extensivo— estudios bíblicos, clases de educación cristiana, etc., abundan en virtudes cristianas, afirmaciones de fe y palabras válidas y bien intencionadas que pretenden servir de guía, consolación, reflexión, etc., pero no logran ser eficaces en términos de producir el cambio de conducta que tales emisores proponen.

Más allá de los oídos, las mentes y los corazones cerrados o resistentes con que nos podemos encontrar, muchas veces no comprendemos las dificultades que las personas pueden tener para cambiar su actitud y, al mismo tiempo, somos ignorantes de algunas de las cuestiones que están envueltas en lo que nosotros mismos decimos.

Los seres humanos están llamados a una permanente esperanza. Esta no está fundamentada en las oscilaciones de nuestros sentimientos ni en el mayor o menor éxito que podemos tener en la vida. La verdadera esperanza se basa en el llamado de Dios. La fe que abre el futuro es la que hace posible la conversión. Pero aquel que no ve ante sí ninguna esperanza, no puede convertirse. La fe cristiana es esencialmente fe en la resurrección; es una apertura a la esperanza. No es simplemente un cambio de opinión; la conversión implica una nueva praxis.

Jürgen Moltmann, quien se ha destacado en su reflexión sobre la esperanza, lo expresa de este modo:

El que cree sabe que ha nacido de nuevo a una esperanza viva. Mediante la resurrección de Cristo, se le ha abierto un incomparable futuro, puesto que es imperecedero. Indestructible y seguro, el Reino de la libertad y de la paz

de Dios que-da abierto para la renovación del cielo y la tierra.²

La esperanza y sus dinámicas

En algunos casos, decirle a una persona «Tenga usted esperanza» puede ser equivalente a pedirle a una persona que no puede mover las piernas que camine. Por eso necesitamos reflexionar sobre la naturaleza de la esperanza y cómo ella influye en nuestra vida diaria.

Erich Fromm llama la atención sobre un elemento que complejiza la cuestión de la esperanza:

Entre las confusiones que existen en derredor de la esperanza, una de las más grandes es no poder distinguir la esperanza consciente de la inconsciente ... hay individuos que se sienten conscientemente llenos de esperanza y que inconscientemente les falta, y hay unos pocos para quienes esto es al revés. Lo que importa en la indagación sobre la esperanza y la desesperanza no es primordialmente lo que los individuos piensan acerca de sus sentimientos, sino lo que verdaderamente sienten.³

Esto nos lleva a pensar que la esperanza, que es un estado, una manera de ser, una disposición interna, puede no estar plenamente instalada en cristianos que cantan himnos que testimonian la esperanza o predicán o enseñan respecto a ella en grupos de la iglesia. Desde el punto de vista dinámico del enfoque psicopastoral que propiciamos, lo que más nos interesa respecto a esta cuestión no es saber lo que una persona piensa, dice o hace ahora. Lo que más nos interesa es su estructura de carácter, es decir, hacia donde se canalizan sus energías y la intensidad con la que fluyen. A este respecto, Fromm agrega:

Como sucede con todas las experiencias humanas, las palabras son insuficientes para describir la experiencia. De he-

² Jürgen Moltmann, *Experiencias de Dios*, Salamanca, Sígueme, 1983, p. 37.

³ Erich Fromm, *La revolución de la esperanza*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1987, pp. 21-22.

cho, en la mayor parte de las veces las palabras, por el contrario, la oscurecen, la despedazan y acaban por destruirla. Con demasiada frecuencia, mientras se habla del amor, del odio o de la esperanza, se pierde el contacto con aquello de lo que se supone que hablábamos. La poesía, la música y otras formas del arte son con mucho los medios más adecuados para describir la experiencia humana porque son precisos y evitan la abstracción y la vaguedad de las formas gastadas que se toman por representaciones idóneas de dicha experiencia.⁴

La ayuda para la generación de esperanza es central a lo que el pastor hace en la tarea de acompañar a las personas. El pastor o la pastora⁵ tienen una actitud particular al acercarse a afrontar los problemas de la vida. Ser pastor significa ser, entre otras cosas, un ser esperanzado. Y esta sensación, que se transmite a menudo sin palabras en el intercambio intersubjetivo, hace a la actitud pastoral. Quien no la tenga será poco útil a las personas a las que sirve. Es difícil ser un agente de esperanza si uno la ha perdido. En ese sentido, creo que los pastores tienen un rol único entre los demás profesionales de la salud, por lo cual ellos necesitan tener un conocimiento acerca de la esperanza y de los factores que ayudan a mantenerla como un elemento importante de la propia vida. El pastor necesita conocer

⁴ *Ibíd.*, pp. 22-23.

⁵ En lo sucesivo, cada vez que nos refiramos al pastor estaremos incluyendo también a la pastora, ya que este ministerio puede ser ejercido por la mujer o el hombre llamados por Dios. Por extensión también podemos aludir a otros miembros de la iglesia que de hecho, sin haber sido ordenados o designados para tal tarea, son agentes de la pastoral de la iglesia, llevando a cabo un ministerio de cuidado, acompañamiento, sostén, guía y asesoramiento como parte de la tarea que la iglesia realiza. A este respecto, Jorge León llama la atención de este modo: «Creemos que todos los cristianos somos llamados a ejercer los ministerios del amor y el servicio, pues seguimos al Señor que dio su vida por amor y vino para servir, no para ser servido.» Jorge A. León, *Psicología pastoral para todos los cristianos*, Buenos Aires, Ediciones Kairós, 2000, p. 12. Obviamente, este ministerio al cual alude tiene también una dimensión pastoral.

acerca de la naturaleza de la esperanza, sus enemigos y los factores que la mantienen viva.

Cuando algunos pensadores cristianos pensaban en la trilogía de Pablo vinculada a la fe, la esperanza y el amor, ubicaban mayormente la fe en el pasado, el amor en el presente y la esperanza en el futuro. Esto es un error porque estas tres dinámicas espirituales tienen su lugar en relación con cada dimensión temporal. La esperanza está enraizada en los actos poderosos de Dios y nuestro encuentro personal con lo trascendente. En el mundo bíblico, uno tiene esperanza en el futuro porque ya ha visto cómo el acontecimiento creador ha tenido lugar en el pasado. Los profetas miraban al pasado porque en él encontraban las señales que les permitían discernir el estilo en que el acontecimiento creador se daría en el presente. La memoria agregaba algo a los ojos. Al mismo tiempo, la esperanza está fortalecida desde el futuro donde recibimos su visión. Por lo tanto, la esperanza es activa en el presente como energizante y motivadora para vivir la vida que Dios quiere. En el mundo de la Biblia, se tiene esperanza en el futuro porque ya se ha visto cómo el acontecimiento creador y salvador ha tenido lugar en el pasado.

La comprensión de la existencia humana en un sentido holístico no es posible a menos que entendamos a una persona en particular en la perspectiva de estas tres dimensiones temporales: pasado, presente y futuro, que están íntimamente relacionados. El cuidado y asesoramiento de la gente que ha perdido la esperanza o que tiene una visión empobrecida de su futuro implica ayudarlos a evaluar su vida tomando en cuenta la dimensión del tiempo. La manera como la persona puede vislumbrar ese futuro nos dice mucho acerca de la condición en que se encuentra en el presente. Esto tiene que ver también con sus experiencias en el pasado. Los seres humanos estamos formados e influenciados por estas imágenes del «no todavía», tanto por lo que sucedió en nuestro pasado como por lo que está sucediendo en nuestro presente, habiendo entre estas dimensiones una íntima interconexión.

Por eso, más allá de las teorías psicológicas o los presupuestos teológicos que el pastor utiliza para su tarea de acompa-

ñamiento, el no considerar la dimensión futura llevará a una visión incompleta e inadecuada de las personas a las que sirve, y esto limitará la tarea propia de este ministerio, la cual está vinculada al sanar, sostener, guiar, reconciliar y liberar.

De modo que el asesoramiento pastoral debe incluir la exploración de las futuras proyecciones de las personas (o los grupos). La antropología teológica que estamos proponiendo aquí hace que una situación o crisis presente no pueda comprenderse plenamente si no conocemos el rol que desempeña el futuro en la vida de esa persona. Cuando estamos envueltos en un pro-ceso de asesoramiento pastoral debemos recordar que cualquier situación que la persona vive está dada en una franja de tiempo que supone una historia y expectativas. Rubem Alves lo formula de este modo:

La esperanza es una teoría de la realidad: una sospecha de que los valores, aun en su no-existencia factual presente, son más reales que los hechos inmediatamente dados. La esperanza es una sospecha de que lo que es importante ahora se revelará como poderoso en el futuro. Es un rechazo del positivismo. Por eso el hombre es capaz de enfrentar el dolor y el sufrimiento. Los vive como accidentes provisorios que serán conquistados en el futuro.⁶

Por eso, la esperanza tiene una función estructurante de la personalidad.

He aquí un aspecto importante de la función terapéutica de la comunidad cristiana. En ella, el sello de lo nuevo como apertura se hace de carne y hueso, se concretiza. En ella, en la palabra y la acción, el futuro desafía al tiempo presente; es ella el lugar donde la intuición y la intención creadora de cara al futuro se transforman en poder creador. La contracultura que crea di-cha comunidad no es meramente «contra», sino creación de algo nuevo que se delinea en medio de lo viejo. Alves comenta sobre esto:

⁶ Rubem A. Alves, *El enigma de la religión*, Ediciones La Aurora, Buenos Aires, 1975, pp. 128-129.

Avanzamos hacia el futuro con la certeza de que el presente no ha dicho todavía cuánto se puede llegar a decir. Y uno, literalmente, se juega la vida, apuesta a esta llegada, al advenimiento de este acontecimiento creador todavía por ver. Me parece que este, en definitiva, es el significado del acto de fe. No consiste la fe en el conocimiento de que ahí o allí o en alguna parte, existe un ser que vive inmanente o trascendente, dentro o fuera del universo. Para la Biblia, creer en Dios significa lo mismo que creer en que, a pesar de nuestra afirmación realista de la situación, algo nuevo e inesperado llegará súbitamente, cambiando de este modo por completo las posibilidades de vida humana y de plenitud.⁷

El futuro no consiste, simplemente, en lo que se hará mañana o pasado mañana; es una dimensión constitutiva del presente. En el futuro se decide el por qué y el para qué del presente, el sentido del ser humano hoy. El presente es la morada del futuro; el futuro es el sentido del presente. Cuando se pierde la esperanza, el futuro, la vida se hace absurda. Fernando Ainsa lo dice así:

Toda forma de «felicidad imaginada», aun a través de la subversión de la realidad, es una manera de reflexionar sobre el presente y paradójicamente, una forma de influir sobre él para cambiarlo ... No deja de ser paradójico que en las postrimerías del siglo 20, la etimología del «lugar que no existe» se haya encontrado con el destino semántico de la palabra *utopía*. En la acelerada demolición de sueños y esperanzas con que se identifica el posmodernismo, la función utópica que ha acompañado a la historia del imaginario individual y colectivo desde que el hombre es homo sapiens, parece de golpe cancelada y arrojada al «baúl» donde se ofrecen en «saldo» ideologías e ideas empobrecidas.⁸

⁷ Alves, *Hijos del mañana*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1976, p. 220.

⁸ Fernando Ainsa, *La reconstrucción de la utopía*, Ediciones del Sol, Buenos Aires, 1999, p. 51.

Uno de los filósofos que más claramente ha planteado esta cuestión es Ernst Bloch. Para él, el hombre se descubre a lo largo de la historia como algo todavía no hecho, y sueña las distintas utopías, que ofrecen la visión de un hombre y una sociedad que tienden siempre hacia un futuro que realice ese «todavía no». Dice él:

La esperanza, ese peculiar afecto de la espera en el sueño hacia delante, no aparece ya como un mero movimiento circunstancial del ánimo, sino como función utópica. Sus contenidos se manifiestan primero en representaciones y, esencialmente, en representaciones de la fantasía que prolongan anticipadamente lo dado en las posibilidades futuras de su *ser distinto, ser mejor*. Por eso, la fantasía determinada de la función utópica se distingue de la mera fantasmagoría porque no manipula ni se pierde en el ámbito de lo posible vacío, sino que anticipa psíquicamente lo real.⁹

La esperanza funciona como un poder psicológico en la vida de la persona. Supone una anticipación, una expectativa, le corresponde una referencia a algo que está ausente. En la esperanza hay siempre un elemento de latencia que incita, que echa combustible para que lo latente deseado se patentice y manifieste. Tal expectativa o expectación denota un elemento de privación, de ausencia, pero al mismo tiempo, la sensación que algo querido sucederá. El hecho de esperar tiene un elemento cognitivo, pero la esperanza es más que una idea.

Esta intuición tiene algo de inexplicable, es decir, no está basado en evidencias verificables y objetivas definitivas. El apóstol Pablo, que entendía muy bien esta cuestión, reconoce la naturaleza de la esperanza cuando dice: «Porque en esa esperanza fuimos salvados. Pero la esperanza que se ve, ya no es esperanza. ¿Quién espera lo que ya tiene?» (Ro 8.24).

Jürgen Moltmann dice:

⁹ Ernst Bloch, *El principio esperanza*, citado en *¿Qué decimos cuando decimos Dios? El Dios que el hombre ha pensado*, Obelisco, Barcelona, 2001, p. 478.

Lo que yo he aprendido personalmente de las experiencias que he tenido respecto a la esperanza es esto: la esperanza es más que un sentimiento. La esperanza es más que la experiencia. La esperanza es más que una previsión; la esperanza es un mandato. Y el obedecerlo significa: vivir, sobrevivir, aguantar y perseverar en la vida hasta que la muerte haya sido anegada en la victoria. Obedecer ese mandato significa: no dar nunca lugar a las fuerzas de la aniquilación por resignación o rabia.¹⁰

Si bien la esperanza puede centrarse alrededor de pérdidas, muchas de nuestras esperanzas tienen que ver con la necesidad de algo genuinamente nuevo, algo nunca poseído o experimentado. La esperanza siempre se vincula con algo que cambia, con un futuro que no es igual que el presente, así como este no es igual que el pasado. Pero estos cambios generarán nuevos replanteos que afectarán nuestras relaciones con otros y con nosotros mismos.

El psicoanálisis nos ha enseñado que los seres humanos somos seres de deseo¹¹, el cual sostiene la vida, pero al mismo tiempo todas las personas sufrimos privaciones de uno u otro orden. Por lo tanto, la necesaria condición de la esperanza está siempre presente. Pero nuestros deseos se encuentran con la realidad que a veces resulta dura para los mismos. Más aun, en lo profundo, algunos son desconocidos.

La cuestión acerca de nuestras posibilidades está presente en la formulación y realización de nuestras esperanzas. Tal formulación tiene que ver con la imagen que tenemos de nosotros mismos y nuestras ideas en relación con lo que nos rodea. También con nuestra espiritualidad y lo que creemos acerca de lo que Dios puede hacer en relación con nuestro futuro y con el futuro.

¹⁰ Jürgen Moltmann, *op. cit.*, p. 36.

¹¹ Esta dimensión del deseo en nuestra vida psíquica ha sido negado a menudo en muchos círculos eclesiales, sin advertir que, si bien tiene importancia en todas las dimensiones de la vida, es un dato fundamental para comprender la búsqueda y la experiencia de Dios en la vida humana.

Por eso la esperanza supone riesgos, porque involucra deseos que pueden o no ser realizados. Decepciones, desilusiones, des-moralización y aun sentimientos de devastación pueden experimentar, aun con aquellas esperanzas que guardamos en nuestro fuero íntimo y cuya no concreción no nos expone a una humillación pública. El futuro contiene promesas de libertad, amor y vida, pero no nos exime del riesgo que, sin embargo, vale la pena, como apuesta esperanzada que compensa esos mismos riesgos.

La dinámica de la esperanza es tal que, a veces, la realización por algo esperado deja lugar y genera un conjunto de nuevas esperanzas. Muchos aspectos de nuestro presente son el fruto de algunas de nuestras esperanzas realizadas que tendrán consecuencias en la continuidad de nuestra vida. Y esto debe ser registrado como motivo de gratitud hacia otras personas o hacia Dios y como aprecio hacia nosotros mismos.

Pero hay que admitir que hay esperanzas que pueden alcanzar su concreción a un precio demasiado alto y aun otras veces el logro de determinadas expectativas no trae la satisfacción que se había esperado.

Los enemigos de la esperanza

La esperanza es parte de un proceso dinámico. La realidad es que la actitud esperanzada requiere de cierta decisión para mantenerse, lo que implica suponer que la esperanza tiene sus adversarios, que hay fuerzas e influencias que la amenazan. La esperanza está enfrentada por actitudes contrarias a las que todos nosotros somos susceptibles, si es que somos víctimas de desafíos que sentimos difíciles de lograr o frustraciones de la vida.

Queremos mencionar tres estados que una vez internalizados y establecidos amenazan el mantenimiento de la esperanza necesaria para una vida sana. Ellos son la desesperación, la apatía y la vergüenza.

Los que han experimentado la pérdida de la esperanza y su posterior recuperación suelen expresar que estos elementos que vamos a describir sucintamente son estados que impiden el

proceso de crecer, madurar y enfrentar conflictos y frustraciones. No suelen ser simples escaramuzas sino que solos o juntos pueden destruir una actitud de esperanza a lo largo de la vida, dañando aquello que hemos construido o que el amor de otros ha construido en nosotros.

Desesperación

Esta implica el cierre del futuro propio. Víctor Frankl llama a la desesperación «sufrimiento sin significado». Pensado de otro modo, es la sensación que lo que es deseado no sucederá o que lo que es posible para otros no es posible para uno. Mientras que la esperanza supone que lo que es deseado habrá de suceder, la desesperación está en la línea del sentimiento contrario. Crisóstomo decía que no son tanto los pecados los que nos conducen al desastre cuanto la desesperación.

La persona en ese estado siente que lo domina un maleficio que le hace sentir que todo está perdido, que es inútil lo que se haga porque nada va a cambiar la mala suerte o el destino final que asoma amenazante para el futuro. Es como un presentimiento obstructor de posibilidades que quita toda alegría. Contrariamente al esperanzado, el desesperado tiende a darle la espalda al futuro.

La desesperación está fuertemente relacionada a la percepción del tiempo y más específicamente, a que el tiempo no está a favor sino en contra. En algunos adultos mayores o ancianos, pero no solo en estos, la desesperación involucra el sentimiento que el tiempo se ha vuelto demasiado corto para afrontar comienzos en algunos aspectos de la propia vida, bloqueando así los caminos en los que la persona está involucrada.

Otro sentido del tiempo asociado con la desesperanza es lo que podría denominarse *sensación del tiempo perdido*, que viene a partir de una visión que recorre períodos o la totalidad de la vida pasada, con la impresión que el tiempo ha sido mal usado o incorrectamente vivido. Años, y a veces décadas, gastados en una carrera equivocada, en un trabajo frustrante o en un matrimonio fracasado.

La reflexión o el pensamiento recurrente sobre este tiempo vivido como perdido contribuye a la desesperación porque esta supone también la sensación de haber vivido esos años pasados inútilmente. Los deseos generados en el pasado, al no poder ser satisfechos, no pueden volver otra vez. A veces, este sentido frente a lo que fue es proyectado hacia fuera y escondido detrás de muestras de disgusto permanente, de crónicas sensaciones de disconformidad con las instituciones o con personas en particular. Lo que esconden muchas de esas actitudes es el disgusto y descontento con uno mismo.

Pero además de estar proyectada hacia fuera en forma de desagrado, la desesperación se afirma en lo interior de la persona. Cuando esto ocurre, la forma que suele tomar es la depresión.¹² Así, entonces, el futuro aparece cerrado. La depresión suele estar ligada con la desesperanza y los duelos no resueltos. Obviamente, habrá diferencias importantes de acuerdo a la gravedad del cuadro a enfrentar, desde aquellos pacientes graves (psicóticos), en quienes a los clásicos síntomas se agrega que el futuro aparece fragmentado y confundido con imágenes del pasado, y la total denigración hacia la persona misma, incluidos posibles delirios y alucinaciones, y deseos de suicidio, hasta los estados de temor y bloqueos frente al futuro más propio de la neurosis o de las depresiones reactivas. Estas últimas podrían definirse como depresiones usuales desencadenadas por pérdidas dentro de las condiciones de la vida diaria. La depresión reactiva es conocida como el pesar y la pena que se expresan, formal y socialmente, en el duelo y en el luto. Los estados depresivos pueden involucrar dificultades de concentración en virtud que el paciente no puede pensar tan rápidamente como antes.

¹² Sobre las personas que padecen trastornos depresivos y la ayuda pastoral para las mismas, es fundamental el libro de Jorge León: *Psicología pastoral de la depresión*, Ediciones Kairós, Buenos Aires, 2002, realizado para la Biblioteca de Psicología Pastoral de la Asociación de Seminarios e Instituciones Teológicas (ASIT).

La ansiedad neurótica que en muchos casos se observa está ligada a la falta de certeza acerca del futuro personal. Pero, otra vez, debemos distinguir diferencias de diversos grados en las situaciones que se deben afrontar. La persona neurótica en esa situación está todavía luchando; no ha abandonado totalmente la esperanza a pesar de su falta de certezas básicas y dificultades en relación con su futuro. Hay conflictos entre sus imágenes futuras y sus planes de acción, ya que cree que éstos son insuficientes para alcanzar las metas deseadas. Esto puede deberse a una incapacidad de la persona para llevar a cabo los planes. Pero cierto modo perfeccionista de acercarse a la realidad o la tendencia a formular metas no realistas pueden también ser causa de conflictos y pérdida de sentido en esta aproximación al futuro.

Así, entonces, estos factores vinculados a la pérdida o al fracaso de los recursos personales en que se confiaban para los logros en el futuro, la ausencia de una relación personal que sostenía o de metas de largo término que no logran concretarse son los factores principales que disparan la desesperanza. Podemos poner como ejemplos, en el primer caso, la pérdida de la energía juvenil o una enfermedad física; en el segundo, la pérdida de una relación confiable que puede ser cortada por la muerte, la separación o la infidelidad; y la preponderancia decisiva de las metas a largo plazo que hace perder de vista y desvalorizar los pequeños logros que día a día el individuo puede estar obteniendo, haciendo de los proyectos de vida solo metas que se tornan inalcanzables.

Uno podría preguntarse por qué los individuos se aferran tan tenazmente a metas imposibles de realizar o al perfeccionismo, y por qué no aceptan moverse hacia metas y alternativas más realizables. Una respuesta posible es la tendencia de tales personas a persistir en conductas que son previamente valoradas, como la formulación de metas a largo plazo, la confianza en las propias habilidades sin advertir que algunos logros en la vida dependen también de factores externos a nosotros, y no solo de nuestras habilidades. No podemos manejar todos los «hilos» que se ponen en juego en

nuestras relaciones personales y las situaciones de vida en que estamos involucrados.

Cuando la perspectiva del tiempo futuro se estrecha peligrosamente, sumándose a la frustración en los vínculos con los demás y a la falta de confianza en uno mismo, el riesgo de suicidio puede aparecer, sobre todo cuando tal posibilidad se presenta como el único camino para salir de la situación desesperanzada. El enfoque estrecho del futuro tiende a clausurar la consideración de cursos alternativos de acción o a dejar ciega a la persona respecto a nuevas imágenes esperanzadas vinculadas a posibilidades futuras.

Para quien asesore pastoralmente a estas personas (que, especialmente en los casos más serios, deberán ser acompañadas por otros profesionales de la salud), la ayuda deberá concentrarse en contribuir a que la persona sustituya algunos de los paradigmas que dirigen sus acciones, pensamientos y sentimientos por otros menos acostumbrados pero que apunten a metas más realizables en lo cercano. También, a animar a la persona que ha tenido pérdidas de relaciones personales significativas a ampliar su red de vínculos. El desarrollo de esta posibilidad es un camino para restaurar su ser dañado por lo que fue vivido como abandono, traición, decepción, etc. Será importante en todo esto tomar en serio las palabras bíblicas: «La esperanza que se demora es tormento del corazón, pero árbol de vida es el deseo cumplido» (Pr 13.12). La depresión echa raíces a partir de una estrecha concepción del tiempo.

La desesperación puede tomar dos formas: puede ser proyectada hacia una decepción y disgusto a personas, instituciones, el mundo, etc., o puede internalizarse en forma de depresión. Lo que dificulta la lucha por revertir el proceso es que la desesperanza incluye la visión estrecha que hace sentir que es demasiado tarde para recomenzar o que el futuro aparece bloqueado.

Por eso, el planteo que mejor enfrenta la desesperación es la ilusión que aquello que se desea sucederá, pero al mismo tiempo esto supone en muchos casos que las visiones específicas respecto al futuro deben ser revisadas y entrar dentro de una visión de lo realizable. Al mismo tiempo, es

necesario aceptar el sufrimiento como una dimensión de la vida que, siendo una es-pina que nos lastima, hace posible que recordemos que hay un cometido a llevar a cabo, algo inacabado que debe ser resuelto o completado. Por eso, la esperanza está cercana al sufrimiento, en tanto que sin esperanza el sufrimiento se expresa en resentimiento y desesperación. La esperanza que niega o evita el sufrimiento genera una ingenuidad absurda o una postura alienante.

El pastor puede ser de mucha ayuda a personas desesperanzadas que le buscan para ser acompañadas. No deberíamos desvalorizar el rol del pastor en este tiempo y su capacidad de ofrecer nuevas visiones para la vida. Al fin y al cabo, se deberá reconocer que la gracia de Dios puede hacer mucho para preservar la esperanza viva, más aún que los recursos personales que podemos poseer. Al fin y al cabo, no fueron nuestros recursos sino el amor y el deseo de otros los que nos dieron seguridad y nos alimentaron en todo sentido en los primeros momentos de nuestra vida, cuando más vulnerables éramos a la desesperación.

Apatía: falta de deseo y voluntad

Una segunda amenaza a la esperanza es la apatía, la cual es un estado de no deseo al que se une una falta de interés en relación con lo que pasa alrededor.

Un elemento importante de este estado es lo que solemos denominar desidia. Es la sensación de no hallar interés en el mundo y sus actividades, la presencia del tedio, la monotonía en el ritmo de vida.

Este estado está relacionado a experiencias de desilusión vinculadas a que los propios objetos de deseo no son buenos sino malos, lo que origina una conducta manifiesta de la que resulta una falta de deseo.

En medio de limitaciones y escasez, la esperanza es un medio para que el deseo permanezca intacto. La ausencia o la no satisfacción son sufridas, pero en lo básico la relación del individuo con el mundo puede permanecer intacta y hasta puede ser fortalecida. Se puede creer en los buenos objetos e

intenciones —léase adecuada autoestima, buenos proyectos, logros parciales, buenos vínculos— aun cuando su presencia plena no esté dada en la realidad todavía.

Pero también es posible que la persona que está en situación de privación llegue a la conclusión que los buenos objetos no pueden ser encontrados en ninguna parte por más que uno busque y clame por ellos. Esto no es necesariamente un diagnóstico de falta de deseo crónico, pero puede sentirse cuando la búsqueda de algo en particular no ha sido exitosa y uno puede abandonar la búsqueda activa y vivir del aprecio de la memoria de ese objeto que una vez conoció o quiso para sí. En estos casos, el individuo debería redireccionar ese deseo hacia otras posibilidades, cercanas, si es posible, a aquello que se deseó.

Pero a veces estas canalizaciones del deseo a partir de la construcción de nuevos objetos y la remembranza de lo viejo no ocurren o no son suficientes. Aun entre aquellos con capacidad para redireccionar sus deseos por sí solos, hay períodos de oscuridad y pesimismo cuando nada de significación está sucediendo. Todo parece viejo, repetido y monótono.

Antes de que el deseo desaparezca se da el sufrimiento. Este, en este contexto, podría ser considerado como la ausencia de objetos de deseo en su punto más alto. La situación podría ser comprendida como que el deseo es fuerte e intenso aun cuando hay también cierto sentido de desesperanza. En algunos casos, el sufrimiento llega a ser el objeto del deseo. Esto ocurre cuando el deseo por ciertos objetos es en sí mismo peligroso para la persona por alguna razón. Entonces el sufrimiento pasa a ser el objeto que se busca, lo que es el tácito reconocimiento que el deseo, aun en formas redireccionadas, no es viable.

El camino es la restauración del deseo por la educación del deseo, visualizando la experiencia de pérdida como una experiencia de aprendizaje que nos impulsa a limitar la codicia de nuestros deseos de modo que se acerquen más a nuestros valores y a los criterios de realidad que deben ser respetados. Es necesario tener claro que nosotros no podemos tener todo lo que queremos, que en la vida no debe jugarse la opción del todo o nada y que hay muchos objetos de deseo en el mundo que son accesibles, buenos y valiosos.

De modo que los elementos vinculados a la esperanza que están haciendo falta en la apatía tienen que ver con el deseo. Una falta de deseo porque el suceso esperado está demasiado lejos de la vida cotidiana de la persona, que tiene poco poder de convicción e influencia. Las actividades diarias parecen tan alejadas de sus objetivos queridos que estos dependen muy poco de lo que hace diariamente. Tal como mencionábamos al hablar de la desesperación, el problema es que la persona ha puesto énfasis en metas de largo alcance, mientras que el sujeto ve poca conexión y significación entre las actividades cotidianas y aquellas. Los proyectos a lograr en un futuro no cercano tienen poca relevancia en la vida de la persona, o sea, en el «mientras tanto» no hay mucho incentivo para aplicar a las tareas del aquí y ahora.

En este contexto puede aparecer el aburrimiento. Respecto a este debemos distinguir dos formas: el que se experimenta en una situación concreta y el que surge sin que nada lo provoque. El primero es el aburrimiento reactivo, que es superficial y se da en situaciones monótonas, sin atractivo, no motivadoras. El segundo es más profundo y procede del interior de aquel a quien nada le interesa, todo le resulta lo mismo, nada lo entusiasma.

Por eso es importante que la persona en esa situación pueda ver que los objetivos de largo aliento y las actividades más presentes o inmediatas en la vida de la persona no deben estar necesariamente tan desconectadas como a veces están y que es posible perder la motivación por los objetivos de largo aliento si uno no se consagra a las actividades del aquí y ahora que pueden ir abriendo caminos para el logro de nuevas motivaciones y metas. La apatía frente al aquí y ahora puede estimular apatía y pérdida de motivación en el largo plazo también porque la apatía puede ser una actitud o disposición repetitiva que va minando el interés en las esperanzas de largo alcance. De modo que el aquí y ahora es el lugar para el desarrollo y cultivo de las fuerzas interiores que otorgan fortaleza, eficacia y constancia a la conducta. Puede ser que las realizaciones inmediatas no sean lo mejor para el sujeto, pero la realidad es que a través de ellas nosotros desarrollamos esas energías que nos permiten hacer-

nos cargo de nuestra vida sosteniendo el deseo y preservando la esperanza futura.

Si la persona logra esto, lo que ha hecho es direccionar su capacidad de sufrir frente a la ausencia o demora del objeto deseado a partir de sus fuerzas interiores dadoras de eficacia, coraje y creatividad. La ayuda pastoral en situación de apatía, que las personas no siempre verbalizan en estos términos, será fundamental en la búsqueda del sentido del aquí y ahora como apertura y estímulo para otros logros y para mantener la esperanza en ellos y en sí mismo.

A veces, las personas con tendencias a las actividades rutinarias pueden ser afectadas por este mal, por ejemplo, aquel que hace indefectiblemente la misma tarea durante veinte, treinta o más años, sin pasiones, sin diversión, sin espacios creativos. Las sugerencias prácticas para el corto plazo adaptadas a la situación concreta de cada persona pueden ser motivadoras, si no estamos en presencia de estados depresivos profundos («realice actividad física, siéntase útil y necesitado, no olvide reírse, no trabaje hasta el agotamiento, tenga planes para el futuro, busque una solución para sus problemas o, por lo menos, admita la imposibilidad si no hay más remedio, no se aleje de sus seres queridos, etc.»).

Otro tipo de apatía individual muy particular es la del psicópata. Estas no son personas desesperadas por lograr metas de largo aliento o personas desidiosas, sino que son seres que no tienen esperanzas de realización más allá del presente inmediato. Para este otro tipo de personalidades apáticas no hay aspiraciones de largo término a los que estos deseos inmediatos estén relacionados.

Mientras no todas las personas que sufren apatía deben ser consideradas personalidades antisociales, la psicopatía revela la diferencia entre estas y la forma desidiosa de apatía. En contraste con el depresivo, que suele estar desilusionado acerca de las metas de largo alcance, el psicópata, cuya conducta suele aparecer en la niñez, nunca ha tenido esperanza por el futuro lejano y está mucho más interesado por la gratificación inmediata o en el futuro cercano. Estas personas experimentan desesperanza cuando su orientación al presente encuentra frustra-

ciones repetidas, especialmente cuando deben considerar las consecuencias a largo plazo de sus actividades más cercanas.

El psicópata aparece como un sujeto frío, desprovisto de emoción. Esta apariencia encubre una afectividad masiva en la que prevalece la intolerancia a la frustración. La dificultad para pensar en las cosas que necesitan les lleva a reaccionar ante la frustración o la angustia con aburrimiento y tedio. Sienten que algo les falta y esto les provoca malhumor e irritabilidad. Esta tensión frente al tedio, a diferencia de los depresivos, desencadena la actuación psicopática, que tiene como función facilitar la evasión de sensaciones angustiantes y recuperar el equilibrio perdido. Como luchan por no caer en la depresión, buscan y necesitan personas que hayan hecho una evolución psicopatológica complementaria, generalmente con características melancólicas.

En contraste con los deprimidos clásicos, creen en la oportunidad más bien que en las habilidades, tienden a usar y explotar a los otros más bien que ser fieles a estos, y creen más en las metas inmediatas que en las lejanas. Estas creencias refuerzan la espiral de desesperanza. La conducta impulsiva hacia otros a menudo en forma de hostilidad agrava su desconfianza hacia las metas de largo término y los lleva a buscar logros u objetos en el presente a través de actos impulsivos de explotación de otros.

Ellos suelen involucrarse en sucesos alrededor de otras personas cuando las actividades no requieren apuestas de largo plazo. Las acciones impulsivas de los psicópatas requieren de la mayor atención. Su sistema actitudinal es uno de apatía y crueldad hacia la vida y hacia ellos mismos.

El psicópata, en muchos casos de difícil recuperación, deberá replantearse la necesidad de cultivar sus habilidades y confiar en ellas no solo en las oportunidades que el medio le ofrece, formar lazos que eviten la utilización unilateral de los demás y dar importancia al futuro más distante para no confiar solamente en los logros más inmediatos. Para eso, se deberá contenerlo, ayudándole a postergar, cada vez que sea adecuado, el logro de lo deseado. Para esto, el asesor pastoral deberá contribuir en la puesta de límites y el dominio propio, y estará atento a la ma-

nipulación, a las dobles intenciones que oculta conscientemente, a la evasión y cambio de temas en el diálogo, y a las maniobras descalificadoras. El psicópata utiliza a menudo el escamoteo de información y máscaras de simulación para lograr sus objetivos. Hace falta favorecer una actitud de diálogo que le ayude a ver-balizar sus verdaderos estados emocionales.

Vergüenza

Obviamente, no todas las dimensiones de este tema cargan sobre la cuestión de la esperanza. Pero hay un aspecto de la vergüenza vinculado con el esperar que influye mucho en este asunto. Y esto es que la vergüenza es nuestro más inmediato y profundo sentimiento en relación con una falla con vista a la materialización de la esperanza. Cuando esta no nos lleva a una concreción como nosotros la anticipamos o la esperamos, nosotros nos sentimos culpables, responsables de que la ilusión no se concretó en la realidad. La vergüenza aparece cuando la esperanza no logra los resultados esperados. Podemos ser expuestos al ridículo, a la desvalorización por parte de los demás. Podemos sentirnos avergonzados, humillados —suponiendo que los demás tienen compasión de nosotros— e invadidos por un sentimiento de minusvalía.

Lo que hace que la vergüenza sea dolorosa es la realidad que no hemos sido concientes de la posibilidad de que los hechos no se produzcan como los habíamos anticipado. Esa seguridad motorizada por el deseo que los hechos habrían de ocurrir ahora nos hace sentir tontos, imprudentes, incapaces.

Los hechos que demuestran que nuestras esperanzas no han llegado a ser verdad pueden crear dudas sobre nosotros mismos y nuestra capacidad para crear cosas nuevas en nuestros futuros. A veces, esta situación nos lleva a ser mucho más cautos en el futuro, más cuidadosos en la generación de esperanzas y conductas. Nos lleva a buscar asegurarnos en cada paso que damos. Esto trae aparejado actitudes mucho más calculadoras, pero también puede llevarnos a perder cierto sabor de la vida activa y motivada por ilusiones.

Si bien ambos conceptos están vinculados, la culpa tiene más relación con el alcance o la trasgresión de ciertos límites, mientras que la vergüenza ocurre más cuando una meta o un ideal no ha sido alcanzado. Por eso, la vergüenza envuelve un sentido de falla personal que hiere la propia autoestima, un sentimiento doloroso de degradación, de haber hecho algo desafortunado. En este sentimiento es importante la conciencia del propio yo, pero también los sentimientos o pensamientos supuestos de los otros son parte de la vergüenza. Una pareja que se separa, alguien que es apartado de su cargo, una tarea que no se realiza adecuadamente, un hijo cuya conducta sus padres no aprueban, pueden causar esta sensación.

Lo que hace que la esperanza sea potencialmente productora de vergüenza es que nos comprometemos nosotros mismos con ella. La desilusión o la falla que no permite la concreción de nuestros logros nos hace tomar conciencia de lo comprometidos que estábamos en lo profundo de nuestras vidas con estos proyectos.

Pero también es importante tomar en cuenta que la vergüenza puede tener una base en sentimientos permanentes de desvalorización, sensaciones de fealdad o ridiculez y autoestima degradada, con tendencia al autorreproche. Todo ello relacionado con vínculos primarios de la persona.

Esta sensación recurrente y compulsiva de que «algo anda mal en mí» favorece el incremento de la negación de la necesidad de relaciones interpersonales.

La vergüenza resulta de una combinación de procesos intrapsíquicos y espirituales que incluyen emociones, sistemas de creencias conscientes e inconscientes, y procesos defensivos. La vergüenza contribuye a impedir la expresión del interés, la excitación, la alegría y la esperanza, y lleva implícita la tristeza y el miedo. La tristeza de no ser aceptado como uno es y el miedo al abandono en las relaciones interpersonales por causa de quien no es.

La experiencia de la vergüenza no puede ser modificada ni borrada fácilmente. Es un sentimiento en soledad que se produce desde el interior del individuo. La vergüenza no es un sentimiento aislado; es una revelación vinculada a la totalidad de la

persona. Como si esta dijera: «Lo que está expuesto es lo que yo soy.»

Los aliados de la esperanza

Tres elementos son fundamentales para mantener viva la esperanza y transformarla en fuerza generadora de energía y sentido para la vida: confianza, paciencia y modestia.

Confianza

El diccionario nos acerca varias acepciones respecto a esta palabra: 1) Esperanza firme que se tiene de una persona o cosa. 2) Seguridad que uno tiene en sí mismo. 3) Ánimo, aliento y vigor para obrar. 4) Familiaridad en el trato. De confianza, se dice de la persona con la que se mantiene trato íntimo o familiar o en quien se puede confiar. También de las cosas que poseen cualidades recomendables para el fin a que se destinan. 5) En confianza, con seguridad, también con reserva e intimidad.¹³

La confianza es más que un sentimiento vago o una idea al azar. Es una firme convicción en la fiabilidad del otro que lleva a no cuestionar o dudar. Es creer que el otro no nos fallará. La madre es la primera que a partir de una relación con el niño le trasmite un patrón vincular consistente y predecible. Es ella la que, a partir de su actitud, trasmite al niño que el mundo es fiable y digno de confianza. Pero más allá de la confianza en esto o aquello, la madre trasmite algo más profundo vinculado a la vida, al universo que es en sí mismo confiable.

Esto involucra y actúa como sostén de la fiabilidad del otro, llámese madre, padre, amigo, esposa, mentor. Por supuesto, este otro podrá fallarnos, defraudarnos o frustrarnos. Pero sin

¹³ *Gran enciclopedia universal Espasa-Calpe*, Editorial Espasa-Calpe, Buenos Aires, 2005.

esa confianza básica, cada momento nos llevaría a pensar si hay razón para confiar en alguien. Si nos movemos desde la creencia tácita en la fiabilidad del otro a la necesidad de reclamar la evidencia en cada ocasión, la confianza se erosiona. El orden que supone la confianza se abre a la posibilidad del desorden, aun del caos.

Otro significado de la confianza involucra el acto de confiar algo de valor a otra persona o institución. Así, podemos confiar nuestra vida a un grupo de médicos en un sanatorio o confiar nuestros niños a una institución educativa. Esto tiene que ver con las capacidades del otro y no solo con el ser del otro como tal. Estamos hablando de actos voluntarios, intencionales, elegidos. Nosotros tenemos determinadas expectativas sobre el otro y de este modo anticipamos que no habrá de fallarnos. Pero esto supone, al menos en alguna medida, que nosotros renunciamos al control sobre las futuras acciones del otro cuando nos confiamos a su cuidado. La confianza en Dios sigue este mismo modelo, si no es solo palabra sino que tiene consecuencias sobre el pensar, el sentir y el hacer de la persona. Más aun, si Dios da, si Dios toma, Dios es quien decide actos que son ejercicios en su autonomía personal.

Cuando el bebé se despierta lleno de miedo, explotando en llanto, la madre aparece y le hace sentir, a través de su actitud contenedora y cariñosa, que no hay nada que temer, que él está a salvo y que la amenaza que le parecía que se cernía sobre él no volverá. Así también, cuando la persona confía su vida a Dios, está más apto para aquietar sus miedos y los terrores de la vida, y tener más ecuanimidad y coraje.

El miedo es una experiencia que amenaza nuestra disposición a confiar en otros y en nosotros mismos. La fuente de ese miedo puede estar en conflictos no resueltos en el interior de nosotros. Pero la fuente y el incentivo de los temores pueden deberse también a situaciones en la sociedad o en los grupos a los que pertenecemos que no resultan confiables, o vínculos con personas que resultan agresivos o abusivos. La confianza es la condición necesaria para relativizar nuestros miedos, permitiéndonos el riesgo hacia futuros inciertos. La esperanza implica

una sensibilidad hacia lo posible; aspira a la vida y a la libertad. Pero, al respecto, Moltmann advierte:

¿Cómo se puede esperar la vida, la libertad y la felicidad y captar en la esperanza las oportunidades del futuro si no temiéramos simultáneamente la muerte, la opresión y la infelicidad. Lo mismo que lo posible, el futuro es ambivalente. Pues el proceso del mundo no ha sido todavía decidido. Por eso el futuro es oportunidad y peligro. Él nos llena de entusiasmo y, a la vez, nos amenaza. Y, siendo así las cosas, ¿cómo se puede aprender a esperar, sin haber aprendido a angustiarse o a sentir miedo? ... ¿puede la esperanza ser prevenida y prudente sin el miedo? El coraje sin cautela es estúpido. Pero la cautela sin coraje hace a las personas escrupulosas e indecisas.¹⁴

Después de todo, en el interior de nosotros mismos hay base para la desesperación y la confianza, el miedo y la esperanza. Lo que pesa a favor de la confianza debe ser un paso dado por nuestra propia elección, mientras que la desesperación es la resignación vinculada a sentir que no tenemos nada bueno para elegir. Lo que hace que nuestra vida sea realmente nuestra es la sensación que está modelada por nuestras decisiones. Quien tiene esperanza puede arriesgarse a la aventura.

Paciencia

Si la confianza es una condición necesaria para la esperanza, la paciencia hace que la esperanza se mantenga viva. Varios significados hacen alusión a este concepto: el primero considera a la paciencia como «la virtud que consiste en soportar con fortaleza de ánimo y sin lamentaciones las adversidades ... espera sosegada de las cosas que se desean mucho ... perseverar en un intento o propósito».¹⁵ La idea de paciencia que se vincula a la capacidad de esperar con fortaleza de ánimo y sin lamen-

¹⁴ Jürgen Moltmann, *op. cit.*, pp. 63-64.

¹⁵ *Diccionario enciclopédico El Ateneo*, Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 1974.

taciones indica ordenar el propio camino para que lo esperado se materialice. Pero el último significado no nos da la idea de una espera pasiva sino la actitud de estar involucrados en el logro. La paciencia supone también que nos involucramos y comprometemos aun en tareas dificultosas sin abandonarlas.

La visión cristiana es que la paciencia es lo que sostiene nuestra espera para que nuestras esperanzas se concreten. Así lo entiende Santiago (Stg 5.7-8, 10-11), quien menciona al agricultor que espera a que la tierra dé sus frutos y aguarda con paciencia las temporadas de lluvia. Pone como ejemplo la paciencia y perseverancia de los profetas que hablaron en el nombre del Señor, haciendo mención del caso de Job, su perseverancia y esperanza a pesar de todo lo que le sucedió.

Si el miedo es la experiencia que reclama la necesidad de confianza, la frustración crea la necesidad de la paciencia. Si experimentar frustración es básico para la apatía, la paciencia es la capacidad humana que permite soportarla. La verdadera razón por la que a veces abandonamos las esperanzas de largo término es que no soportamos las frustraciones en las que estamos envueltos. La paciencia es la garantía para esperar las cosas valiosas para nuestra vida y, por lo tanto, nos permite permanecer en la esperanza.

Las frustraciones no son necesariamente negativas. Si no son demasiado severas nos dan la oportunidad de desarrollar la paciencia necesaria para reelaborar nuestras metas de largo aliento. La tolerancia a la frustración es un elemento importante para la personalidad. Estamos refiriéndonos a que la frustración sea manejable de modo tal que no nos haga abandonar nuestras esperanzas.

Prestigiosos educadores han insistido en la idea que si los padres fueran excesivamente permisivos no proporcionarían las necesarias experiencias de frustración para el adecuado crecimiento de sus hijos.

Hay que reconocer que la paciencia en la era posmoderna no es una virtud para mucha gente. Una razón tiene que ver con la cultura que privilegia el «téngalo ya». La sociedad posmoderna valoriza especialmente las metas de corto plazo. También influye en esta idea el hecho que hemos trivializado la paciencia

identificándola con la inercia y la complacencia, y contrastándola con el enojo, la indignación y la agresión. La paciencia no debe ser confundida con el poco deseo, la pasividad. La paciencia es proactiva; supone energía psíquica y espiritual, y es un fruto del Espíritu (Gá 5.22-25). Frente a la frustración se puede optar por la apatía o por la esperanza, pero elegir a esta es optar por la vida.

Modestia

La esperanza está más allá de la cuestión de la duda y la certeza. Quien tiene esperanza está más allá de las argumentaciones. La persona que tiene esperanza en algo o alguien está haciendo una autorreferencia más que un juicio definitivo sobre elementos externos. Por eso debe tener una actitud de modestia y humildad; está en el orden de hablar más de sí mismo que de los argumentos en torno a lo que espera.

A este respecto, es importante distinguir la esperanza del optimismo, sobre todo si se trata de un optimismo ingenuo. Hay personas optimistas que toman distancia de la realidad y minimizan y atenúan los obstáculos que los separan de sus metas. Las personas con esperanza aceptan las experiencias frustrantes como parte de la realidad y aceptan modestamente los factores externos que pueden estar más allá de su deseo. Llamamos la atención sobre esto porque en diversos círculos evangélicos se está usando demasiado indiscriminadamente cierta terminología triunfalista y combativa, negadora de ciertos elementos de la realidad, aun al precio de la fe y el mensaje bíblico. Mario Perey-ra, al respecto de que la esperanza no es mero optimismo, dice:

Esta concepción del optimismo se vanagloria de «ver el lado bueno» de las cosas, la parte llena de la botella («son los pesimistas los que ven la parte vacía», dicen) y mira con un gesto de altanera indiferencia los males actuales. Desprecia y reacciona ante lo negativo, el fracaso, la derrota, las zonas oscuras de la vida. Ama el éxito, vencer, alcanzar el pináculo de la gloria ... Esa seguridad excesiva, ese abuso de confianza, hace que el optimista sobreestime las condiciones y posibilidades del éxito y subestime las condiciones desfavorables. Actúa a la inversa del pesimista, si bien utiliza los mis-

mos procedimientos, lo cual significa que responden a un mismo sistema.¹⁶

Muchos «optimistas», aun en círculos cristianos, han hecho de una actitud semejante una defensa maníaca contra la depresión, de ahí que su postura se parezca a la del deprimido, pero a la inversa. En una época donde los estados depresivos parecen haber aumentado, este tipo de discurso es altamente requerido.

Mirándolo de este modo, no es raro que algunos fervorosos optimistas sucumban, en público o en privado, a una depresión seria o que ocurra a la inversa, que una persona salga de su postura y tendencia pesimista lanzándose a empresas de riesgo con una postura grandilocuente y de ingenua expectativa.

Por eso, la modestia es una expresión que evita los excesos y los extremos. Comprender la modestia de esta manera es aceptar que cuando tenemos esperanza no nos mantenemos alejados ni salimos por eso del mundo real. Así, decimos que la esperanza es autorreferencial, un estado acerca de nosotros mismos que sugiere que, gracias a la esperanza, podemos procurar evitar la autodecepción. Pero la modestia nos ayuda a ubicarnos en la necesidad de saber lo que es posible y realizable en un espíritu de moderación: ni resignación ni una demanda interior que ja-más podrá ser satisfecha. A este respecto, Erich Fromm afirma:

La esperanza es paradójica. No es ni una espera pasiva ni un violentamiento ajeno a la realidad de circunstancias que no se presentarán. Es, digámoslo así, como el tigre agazapado que sólo saltará cuando haya llegado el momento preciso. Ni el reformismo fatigado, ni el aventurerismo falsamente radical son expresiones de esperanza. Tener esperanza significa, en cambio, estar presto en todo momento para lo que todavía no nace, pero sin llegar a desesperarse si el nacimiento no ocurre en el lapso de nuestra vida. Carece, así, de sentido esperar lo que ya existe o lo que no puede ser. Aquellos cuya esperanza es débil pugnan por la comodidad o por la vio-

¹⁶ Mario Pereyra, *Psicología de la esperanza*, Psicoteca Editorial, Buenos Aires, 1997, pp 64-65.

lencia, mientras que aquellos cuya esperanza es fuerte ven y fomentan todos los signos de la nueva vida y están preparados en todo momento para ayudar al advenimiento de lo que se halla en condiciones de nacer.¹⁷

Tener esperanza es amar y trabajar también por lo que no llegaremos a ver, siguiendo lo que decía Rubem Alves: «Planteamos palmeras, aunque los que las plantan jamás lleguen a comerse los dátiles.»¹⁸

Es importante tomar en cuenta la modestia a la que hacemos alusión con respecto a los fracasos vinculados a algunas esperanzas. Frente a ellas, dijimos, una posibilidad es la vergüenza que resulta del hecho que las esperanzas son autorreferenciales. La persona siente que es ella quien ha fallado. Pero no siempre somos responsables de las fallas por la no materialización de nuestras esperanzas. Debemos reconocer que somos participantes de un mundo que tiene poder y dinámica propia. A veces, nuestras esperanzas no se concretan a pesar de nuestra preocupación y esfuerzos para que así ocurra. La modestia nos permite aceptar que somos vulnerables a circunstancias y sucesos externos que están más allá de nuestro control. Así, la modestia nos fortalece contra la vergüenza, sin que esto signifique no reconocer los errores o torpezas reales que pudimos haber cometido. Algunas de nuestras vergüenzas parten de la idea que tenemos más poder para controlar los elementos de nuestra vida que el que realmente tenemos.

No somos seres omniscientes que pueden anticipar todo lo que puede ocurrir o dejar de ocurrir en el futuro. La grandiosidad y la idealización de nuestras posibilidades son seriamente cuestionadas por nuestras esperanzas fallidas, y deben ser reemplazadas no por un sí mismo avergonzado —lo que hace que la falla dañe la personalidad— sino por la modestia que permite mantener la actitud esperanzada a lo largo de la vida, con una

¹⁷ Fromm, *op. cit.*, p. 21.

¹⁸ Alves, *op. cit.*, p. 230.

autoestima no disminuida, lo que contribuirá a nuestro propio crecimiento, sin desmedro de la autocrítica y el descubrimiento de nuestras inexploradas posibilidades. Todo esto ayuda a nuestra sabiduría y a la posibilidad de reírnos de nosotros mismos, que en algunas circunstancias es muy necesario. Unir el humor del payaso y los ideales del santo en tal proporción que nos asegure que ni el humor ni los ideales lleguen a ser extremadamente excesivos o pretenciosos.

El Salmo 131 nos ofrece un ejemplo de esta actitud, comenzando por una nota de modestia y terminando con la afirmación de esperanza del salmista. De una manera muy bella, el autor muestra las condiciones para la esperanza, y para estar en paz con uno mismo y con lo que lo rodea:

SEÑOR, mi corazón no es orgulloso, ni son altivos mis ojos; no busco grandezas desmedidas, ni proezas que excedan a mis fuerzas. Todo lo contrario: he calmado y aquietado mis ansias. Soy como un niño recién amamantado en el regazo de su madre. ¡Mi alma es como un niño recién amamantado! Israel, pon tu esperanza en el SEÑOR desde ahora y para siempre.

Algo más sobre el diálogo pastoral

El interés y el diálogo pastoral, y la oración por la situación de la persona son siempre insustituibles, sin perjuicio que la persona desesperanzada pueda requerir en algunos casos de la participación de otros profesionales de la salud.

Es importante en el diálogo pastoral ser conciente del culto a la inmediatez y los ideales vinculados al aquí y ahora propios de la cultura posmoderna que tienen fuertes implicancias en lo subjetivo. Este sentido de la temporalidad, que sumado a procesos de deterioro social han creado inseguridades en espacios que se creían seguros, han derrumbado ilusiones que muchas personas se habían forjado y han colocado en crisis a muchos cuestionando su autoestima, sus valores y el sentido mismo de la vida.

Esto hace que haya muchos individuos a quienes no podríamos catalogar dentro de los cuadros psicopatológicos clásicos

pero que viven en esta incertidumbre por el futuro y que se ven problematizados por situaciones vocacionales, laborales, de pareja, y aun por concepciones relacionadas con la sexualidad y el amor. El futuro no sólo se ha estrechado para las personas mayores, sino también para los jóvenes.

Las personas que acuden al diálogo pastoral lo hacen no solo por los problemas que las aquejan. Junto a ellos se dan algunas de estas sensaciones: incompetencia personal, baja autoestima, desaliento, sensación de desamparo. De modo que, más allá de la situación concreta por la que atraviesan, se busca superar estas disposiciones negativas.

La espera, las expectativas y la esperanza de la persona deben estar en el centro del diálogo pastoral. Tales asuntos apuntan al futuro, pero son parte del presente. Por supuesto, se pueden esperar cosas intrascendentes, desagradables o negativas, pero la esperanza siempre espera lo mejor. Por eso, el diálogo en torno a la espera y las expectativas debe apuntar, en lo posible, a lo útil, provechoso, enriquecedor y gozoso.

Por eso es importante, ayudar a desarrollar la capacidad de futurización de la persona. Es frecuente que quienes consultan traigan varias preocupaciones sin tener claro cuáles son las fundamentales y sin saber lo que realmente quieren de su porvenir. A veces, se necesita resolver algunos problemas del tiempo pre-sente para ubicarse mejor en la proyección del futuro.

La esperanza puede ser un operador, un «abrepuertas», en tanto que se actúa entre el «ahora» y el «todavía no», el cual configura un eje de sentido prospectivo que organiza las percepciones y permite entender la realidad y dar sentido y valor a las conductas pasadas, presentes y futuras, posibilitando la apertura hacia nuevas posibilidades y facilitando los cambios de orientación necesarios.

A veces, los proyectos de la persona pueden ser decisivos, como elegir una vocación o una pareja. Otros son menos trascendentes. Pero más importante que la jerarquía que se le puede dar a los proyectos es que se adquiera la capacidad para organizar el futuro y ejecutar las metas tomando control sobre el propio porvenir. El camino de la salud y la felicidad tiene

como condición la capacidad de diseñar adecuadamente lo que podríamos llamar una arquitectura del futuro.

Por eso, el desarrollo, el esclarecimiento y la reorganización temporales implican un reordenamiento interior de la persona. Las metas y objetivos, que deben ser concretos y no vagos e inespecíficos, permiten crear lazos con el pasado y el presente.

Hay personas que padecen lo que se puede denominar una «patología del futuro», lo que supone un horizonte temporal alterado que impide no solo ver el futuro sino afirmar una visión determinista del mismo que no da lugar a diferentes alternativas. La desesperanza instala así una visión de sí mismo que se manifiesta en expresiones como «Esto va de mal en peor», «No hay salida posible», «No hay otra alternativa», etc.

Pero debemos advertir que dialogar con personas en situación de desesperanza puede ser agotador o provocador de identificaciones con quien busca ayuda, y esto puede hacer sentir impotente al pastor. Se hace necesario que este se conecte con sus propias experiencias de desesperanza, con los aprendizajes realizados en esos tiempos y con sus intentos o modos de superarlas.

Y es aquí donde debemos valorar en toda su dimensión el diálogo y la acción pastoral. Un clima cálido, en que la persona se sienta escuchada, comprendida por alguien que sabe darle una nueva significación a su problemática y brinde un estímulo para la acción. De este modo, este encuentro puede convertirse en un tiempo decisivo para alcanzar un nuevo sentido de lo que vendrá, dando así los mejores pasos hacia ello.

Pero no solo debe ser apreciado el encuentro puntual sino la idea que la verdadera esperanza debe ser renovada diariamente. Dios no inyecta una dosis de esperanza para que dure para siempre. La esperanza cristiana está en relación con la obra gradual de santificación que Dios hace en la vida de los creyentes. El pasaje de 2 Corintios 4.16 alude a esto: «Por tanto, no nos desanimamos. Al contrario, aunque por fuera nos vamos desgastando, por dentro nos vamos renovando día tras día.» Ofrecer esta perspectiva es parte de la formación espiritual que el asesoramiento pastoral supone.

Se lucha contra la desesperanza estimulando la confianza en las propias fuerzas y recursos. También incorporando la idea

que todo túnel tiene salida y que aun cuando en los momentos de crisis no lo descubramos, las experiencias, aun las más problemáticas, pueden dejar elementos positivos para la vida. También, aun en los peores momentos es importante estimular aquello que «lo mejor está todavía por vivirse», o recordar una frase atribuida a Martin Luther King: «Aun si el mundo estuviera por estallar, yo igual plantaría un manzano.»